

ALMAS ROTAS



COLECCIÓN THOMPSON&THOMPSON



Nikos Kazantzakis (1883-1957)

Nikos Kazantzakis
ALMAS ROTAS



Traducción a cargo de
MARIO DOMÍNGUEZ PARRA



EX LIBRIS.....

.....



GINGER APE BOOKS&FILMS



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

SECRETARÍA
DE ESTADO
DE CULTURA

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del
MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

TÍTULO ORIGINAL: *Σπασμένες Ψυχές - Spasménes psychés*

Basada en la edición original publicada en 2007 por Εκδόσεις Καζαντζάκη (EDITORIAL KAZANTZAKIS)

IMAGEN INTERIOR: cortesía de Εκδόσεις Καζαντζάκη (EDITORIAL KAZANTZAKIS)

FRAGMENTO DE *Ιστορία της Ρώσικης Λογοτεχνίας* (HISTORIA DE LA LITERATURA RUSA):
cortesía de Εκδόσεις Καζαντζάκη (EDITORIAL KAZANTZAKIS)

COLECCIÓN: Thompson&Thompson

TT07-00017-A

PRIMERA EDICIÓN EN GINGER APE BOOKS&FILMS: noviembre de 2016

DERECHOS PARA TODO EL MUNDO: COPYRIGHT © Niki Stavrou

DEL PRÓLOGO DE ΠÁΤΡΟΚΛΟΣ STAVRU: COPYRIGHT © Niki Stavrou

DE LA TRADUCCIÓN, NOTAS Y CATÁLOGO NEOLOGISMOS: COPYRIGHT © Mario Domínguez Parra

DE LA PRESENTE EDICIÓN: COPYRIGHT © Ginger Ape Books&Films

© COPYRIGHT

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 978-84-943683-3-2

DEPÓSITO LEGAL: AL 1808-2016

BIC: FC / 1DVG / 3JJC

DISEÑO DE CUBIERTAS Y MAQUETACIÓN: Rubén L. Conde

IMPRESIÓN: Mayor Print Industrias Gráficas, S. L.

Avda. Málaga Oloroso, 34

29014 - Málaga

GINGER APE BOOKS&FILMS, S. L.

WWW.GINGERAPEBOOKS.COM • WWW.FACEBOOK.COM/GINGERAPEBOOKS



ÍNDICE

PRÓLOGO.....	09
CATÁLOGO DE OBRAS DE N. KAZANTZAKIS.....	21
ALMAS ROTAS.....	23
TRIONFALE.....	29
VIBRATO	103
FOUETTÉ	163
MARCHE FUNÈBRE	235
ANEXO I.....	291
ANEXO II	299
ANEXO III.....	301
CATÁLOGO DE NEOLOGISMOS.....	305

ALMAS ROTAS

En las manos
de PETRULA PSILORITI,
ebúrneas y milagrosas,
que saben abrir todas las puertas
de la bondad,
pongo (gorrioncillos recién nacidos y fugaces)
las ALMAS ROTAS,
para que disfruten un poco del sol
antes de morir.

*Así, algunos mástiles bellos y delicados
se rompen cuando la bandera
es grande y sopla el aquilón.*

PETRULA PSILORITI



TRIONFALE

I

Un sol enfermo, feo, sin rayos y sin calor, apesadumbrado entre humos y calígine, opacorría también aquel día sobre París.

No era un sol, semejaba más bien una luna llena de agosto, que cuando el día muere de inmediato, se lenticleva (cual querubín en el funeral) tras nuestras montañas griegas, sanguinolenta y desesperada.

Los arbolillos recién plantados, tronquenjutos, y las ramas llevadas aparte se oscombaban bajo el suavollar del viento, mientras en lo alto, los viejos cipreses, ramapelmazados, se alzaban rectos junto a los sepulcros, estáticos y pensativos. Así se alzan (¿recordáis?) en algunos iconos bizantinos, junto a los santos que van a morir, los ángeles extirpalmas de alas ferralabeadas.

Sin embargo, con toda esta inflexibilidad y musculinealidad de los cipreses almafligidos, el cementerio de Montparnasse comenzaba ya, durante aquellos días, a sentir en su arboleda un profundo y placentero escalofrío. Algunas aves, sobre las tumbas volaban como saetas (¿golondrinas eran?) y, en forma de canto, dejaban caer de árbol en árbol algún tipo de mensaje de alegría.

Los brotes aristorquillados, fajapretados y fecundos comenzaban a despertar y extender en el aire sus manitas, que temblaban rojísimas por el frío primaveral. Y abajo, en el suelo, empapado todavía por lejanas e invernales trom-

bas de agua, las humildes hierbecillas que todos pisamos dura e ingratamente, pasito a pasito, surgían desde todos los rincones apartados; y con la feraz paciencia del sabio amor avanzaban, avanzaban y se fratensamblaban con los sepulcros.

Una Anunciación cayó pesadamente sobre toda la tierra. Las golondrinas eran miles de arcángeles Gabriel del amor. Los árboles abultados, miles de sometidas, de dulces Marías. Por todas partes, el aurespolvoreado polen; en el suelo, en los ojos de las ramas que comenzaban a despabilarse y abrirse en el aire. Por todas partes, suavibraba y se deseerizaba, con un ritmo apasionado de deseo creador, el infinito dulzor de una obscenísima concepción.

Aún mucha más primavera derrochan espléndidamente unos cincuenta jóvenes que, rientes y ruidosísimos, aparecen de improviso, de continuo, se dispersan acá y acullá mientras buscan un sepulcro en el cementerio a esa hora del mediodía. Siempre durante el mismo día, 25 de marzo, los estudiantes griegos de París se reúnen alrededor del sepulcro expatriado de Koráis¹⁴, durante la noche, cada noche. Una vez se ha puesto el sol, lo coronan de guirlandas con las humildes flores que tanto aman la tierra de nuestra Ática y su cielo cárdeno.

Se reúnen en el despacho de su Asociación, gritan, ríen, conversan, vilipendian y luego guardan silencio, colocan al frente el estandarte auremperifollado con la lechuza

¹⁴ Adamantios Koráis (1748-1833), filólogo griego, uno de los principales representantes de la llamada Ilustración Neogriega. Es el autor del primer diccionario de griego moderno.

y parten serios, fatuos, recién afeitados —algunos, con las prisas, se han cortado las mejillas—, pensativos, vestidos de frac, enguantados, con un paroxismo patriótico, cansinos, contoneándose.

Alrededor de la humildísima tumba de Koraís se quitan los sombreros, se recolocan el pelo con las manos, carraspean un poco, toman aire para adquirir de nuevo una dosis de seriedad, propia de una pose, mientras escuchan: unos apoyados en las rejas de los sepulcros circundantes, otros en los árboles o sobre sus bastones, en posición leñosa. Escuchan a alguien que avanza ictérico y medio muerto, cuya mano hombrencajada tiembla, cuya voz al principio agoniza, que se ahoga, que broncaúlla: «¡Señores!». Diríase que crascita: «¡Ayuda! ¡Me ahogo!». Pero después, quién lo iba a pensar, esta voz acongojada se masculiniza, levanta la mirada, se eleva y se repone como un manantial de agua límpida, un río ya crecido que simarruga las cercas, toma su rumbo y hace rodar como guijarros los sistemas lingüísticos, las zafias y fanfarronas alabanzas, las huecas piedras pómez del patriotismo mentiaéreo: «Luchadores de Maratón, luchadores de Salamina, la tribu elegida, Pericles, Padre, Madre». Fuegos de artificio. Y todos se abalanzan sobre él para felicitarle: «¡Bello discurso! ¡Bravo!». Al final, sobre todo: «¡Te felicito, amigo mío!».

A continuación, cuelgan la pesada corona alrededor del cuello de Koraís, de manera que se vean las cintas con las letras áureas y, de nuevo, se piernabalanzan sobre el café para terminar la partida de póquer que habían comenzado y a la mitad se habían visto obligados a dejar a causa de este episodio. Durante un instante, las voces, las

frivolidades y las fanfarronadas de los hombres perturbaron la pudorosa seriedad y la silenciosa profundidad de las cosas. Iban llegando. Con abruptos ademanes quijotescos y con desgañitamientos teatrales, se ensoberbecían y profanaban el silencio, la calma y la sagrada preterición. Después se fueron. Dejaron otra vez solo a Koraís, ahogado entre los acartonados colores cárdenos. Con muchos esfuerzos, logró sacar la cabeza hacia fuera, ver el desierto a su alrededor y el árbol seco que allí, frente a él, tuercextendía sus ramas como las manos de un torturado mendigo; detrás, más allá, por todas partes, las placas cubiertas de hierba, los pesares de los muertos que fueron olvidados, las cruces con candiles apagados y con fotografías decoloradas por soles y lluvias.

De nuevo se queda solísimo Koraís, decepcionado y desesperado, de nuevo espera que quizá con el tiempo vengán otros jóvenes, más serios y lacónicos, que se coloquen a su alrededor, como alrededor de su padre, para declarar, reflexiva y audazmente, los ideales de la tribu que se encienden tras sus frentes, en las palmas de sus manos; el mortuorio anhelo por las grandes obras. Quizá con el tiempo se inclinen sobre su tierra (quién sabe) semejantes frentes atrevidas y profundas, con una llama que arda con una luz que a la vez sirva de guía. ¿Quién sabe? Aguarda. Ahora hace un siglo que yace y aguarda.

II

Ese día, el orador siempre se apresura a ser de los primeros en el cementerio, ciclostigado por sus amigos, que

sin excepción lo encandilan, lo retienen, dan vueltas a su alrededor, hablan todos a la vez, le dan ánimos así: «¡Venga, que no es nada! ¡Venga, no tengas miedo!». Y él titubea y dice: «¡Sabéis, no me importa, para nada! Es solo que no tuve tiempo de prepararme. ¡Ayer mismo me lo dijeron!».

Pero ya lo sabía desde hacía tres meses. Llevaba desde entonces componiendo el discurso. Tenía los ojos secarlatas. Le escocían a causa del prolongado insomnio. «¡Ah! ¿Qué dices, hermano? ¡Ahora vas a arredrarte!», mientras lo arrastran de nuevo, como una ovejita a la que van a sacrificar, que se da cuenta y extiende sus patitas delanteras, pisando fuerte sobre la tierra, oponiendo resistencia y pegando voces.

Solo que este año, por vez primera, el orador no estaba con ellos y tardaba en aparecer. Todos rodeaban ahora la tumba de Koráis y le esperaban, aunque aún estaba por aparecer.

—Vendrá con su amante —dijo uno alto, desenroscado, larguirucho, sonriendo con malicia.

—¿Es su amante? ¡Eh! ¡A mí también me dijeron que es su hermana! —dijo un muchacho estúpido y bien alimentado, ¡con los ojos hinchados a causa de la falta de sueño! Diríase que unas esfinges le habían mordido.

—¿De verdad no visteis qué bella y pudorosa es? Como una gazmoña.

—¡Humilde, esa! —chilló mordazmente un elegante, repeinado y mujeriego donjuán, de aquellos que llevan un espejito y un peinecillo en el bolsillo, se detienen en cada esquina del camino para arreglarse el bigote y las cejas, se muerden los labios para enrojecerlos, de aque-

llos que dicen que todas las mujeres honorables son sus amantes—. ¿Pudorosa, esa? ¿Jrisula? Mmm... ¡Puede ser! —Y se rio de un modo trascendental mientras expresaba a las claras: «Qué sabréis vosotros, pobrecitos. Esa pudorosa de la que habláis ahí sentados me persiguió durante meses, hasta que al final me dio pena y me rendí. Esta noche, por supuesto, a las ocho menos cuarto tenemos una cita».

—¿Y el viejecito que arrastra siempre consigo? —preguntó el buen muchachito mientras abría sus ojillos.

—¡Ah! ¡Sobre ese ni me preguntes! Le llaman Gorgias Progonóplijtos¹⁵. Es decir, Yoryis, pero le parecía zafio y se lo cambió por Gorgias. ¡Era profesor en Atenas, ahora le entró la manía de hacer una edición perfecta de la obra de Sófocles y vino aquí hace ya tres años para investigar y escribir! —dijo recitando de un tirón el bibliotecario, uno que se las sabía todas, enfermizo, con una cabecita pequeña y huesuda, unos dientes enormes y gafas doradas, pantalones anchos, como los de un marinero, que se hinchaban cuando soplabla el viento y mientras pasaba frente a ti te entraba miedo al mirarlo, porque temías que el aire le volviera del revés y se lo llevara.

—¡No, pobre! ¡Las cosas sobre las que investiga y escribe! Vete al Louvre, a la hora que quieras, y te lo encontrarás boquiabierto frente a la Afrodita de Milos —confitrió el Presidente de la Asociación, un señor de lo más elegante, de espumada y anémica sembluna, vestido de frac, sombrero de copa, calzado lustrado, bigote afeitado.

¹⁵ Término que viene a significar «que profesa un culto excesivo a los antepasados».

Así son todos los aristócratas y los camareros de los grandes hoteles.

—Y dicen, por supuesto, que con Jrisula... —dijo con una media sonrisa, sucia y hundida, uno con jeta de jugador de cartas.

—¡No, pobre, cálmate! —dijo de nuevo el Presidente, que quería acicatear el amor propio del otro de manera que dijera más cosas.

—Cuidado, no hablemos mal de la muchacha y que se la conozca por eso. No sé lo que ocurre en el mundo. Cuando el río suena, querido, agua lleva.

—Para que ella viniese de Atenas hasta aquí persiguiendo a su amante, imaginad la ralea. Una muchacha honrada no sale así, de casa, a escondidas, fácilmente —dijo el bibliotecario, que aquel día no soportaba a Orestis porque iba a tomar la palabra.

—No digas eso —dijo hipócritamente de nuevo el Presidente—. Puede que amara de verdad a Asteriadis; ¡quién sabe!

—¡Por supuesto que lo amaba! —soltó el versado donjuán, para quien el carácter mujeriego era un libro abierto—. ¡Lo amaba! Así aman todas... Uno se engaña, les sonrío y después se mete en líos para toda su vida. Quién sabe cuáles han sido aquí sus hazañas. Ahora no levanta la mirada para ver a nadie. Pero de verdad, ¿no me vais a contar quién se cree que es ese Orestis Asteriadis para darnos hoy un discurso? —añadió mientras se arreglaba el pelo.

Un tumulto procedente de voces sucias se elevó. Como si alguien lanzase una piedra a unas aguas embarradas hacia donde miles de ranas dirigirán sus miradas.

—¡Un tonto de capirote! —dijo uno de pelo rizado y abultado, como el pelo de un barbero o de un carnicero, con una naricilla puntiaguda y levantada, como si siempre estuviese olisqueando.

—¡Un poetastro que se cree un genio!

—¡Estudia para primer ministro! ¡Jajajá! —se rio falsamente aquel que tenía la jeta sin planchar.

—Este año hará exámenes de Filosofía y prepara, como tesis doctoral, una obra que encabeza como *Nuevo Testamento*. Quiere trastocar el actual sistema del mundo y proclamar una nueva religión.

Se rieron. Se carcajearon. Hicieron un estrecho círculo alrededor del sepulcro de Koraís. Todos querían hablar, burlarse, blasfemar, desahogarse. Sus ojos brillaban por el profundo deleite del mal.

—Sin embargo, se expresa bien —medio habló dulcemente el Presidente con la esperanza de que los otros mostraran a las claras que aquel no tenía siquiera carisma y para aliviarse.

—¡Qué bien! Grandes palabras que robará descaradamente de aquí y allá, ¡de los libros que lee! —gritó el bibliotecario fuera de sí, moviendo la cabeza mentusta sobre su cuello alargado como un fósforo. Desde que fue nombrado bibliotecario de la Asociación, ya no podía soportar que cualquier otro hablase de filología, filosofía, ciencia, en fin, sobre cualquier cosa escrita en los libros. Le daba la impresión de que saltabas la valla y entrabas en sus fincas.

—¡Ah, yo opino lo mismo! —gritaron algunos aliviados.

—¡Ah, pobres! Un Don Quijote con sentimentales yel-

mos de papel. Un chalado, un engreído. Imagínese, caballero. Su excelencia se encierra todo el día en su despacho. No se rebaja a poner un pie en el café, a ir a donde van las personas. ¡Cómo se va a rebajar a nuestro nivel! ¡Cómo va a venir aquí, ahora, a tomar la palabra!

—¡Pobrecito Koraís! ¡Dónde has acabado!

—¡Cómo soportaremos que fanfarronee durante tanto tiempo! ¡Cómo le soportaremos!

—Sí, que te crees tú que me voy a sentar a esperarle; como mucho diez minutos después de la hora y luego... pies para qué os quiero. Me voy a sentar a perder mi tiempo en escucharle... Ni hablar.

En aquel momento aparecieron, por el extremo de la hilera de árboles, Orestis y Jrisula, que venían de prisa, apoyados suavemente sobre el brazo de Gorgias. Orestis iba al frente, alto, bello, feliz. Lo que sobre todo causó impresión de este joven fueron sus ojos, grandes y encendidos, entre la palidez de su rostro. Diríase que vivían su propia vida, que habían absorbido todo el jugo de la juventud de su cuerpo macilentísimo. Dos pasos por detrás, Jrisula hacía ademanes y su corazón latía fuerte, fuerte. Llevaba puesto un blanquísimo vestido. Un vestido de lo más simple y elegante, que dejaba ver toda su infantil candidez y la gracia de su pequeño cuerpo. Algo de la inocencia de un niño, de la imperturbable santidad de la hija, lo indefinido de la profunda belleza que adquieren los ojos de una mujer una vez se cierran cansados por el beso del amor. La dulcificaba aún más su sombrero de ala ancha con el echarpe carmesí, cuyos extremos, tal y como caían sobre su hombro izquierdo, ensombrecían incluso

más las tranquilas aguas de sus ojos. Del mismo color, una estrecha cintita besapretaba su cuello como un surco de sangre. Sobre sus pequeños pechos florecía una gran rosa carmesí. Algún tipo de misterio se abría y deshojaba en cada uno de sus movimientos. Su pie, justo en el momento en que tocaba la tierra y la tersollaba mientras aligeraba el peso de todo su cuerpo, arreglaba y unía por un brevísimo instante todas las líneas de su cuerpo en una armonía contenida y pasiva, que estallaba tranquila y quejumbrosa, abierta e inmediata durante el siguiente paso. Una flor de gran tallo que suspira y se mueve como si quisiera huir de la llama del mediodía y correr hacia la sombra de un pequeñísimo árbol a ocultarse y respirar. Por ello, sus ojos estaban entristecidos como laguitos umbrenjutos, donde se pesadesplomaban y se ahogan las sombras de los pensamientos tristes. Por ello, su boca estaba rizada y recogida como una rosa que se prepara para abrirse y siente vergüenza porque es de día. Y solo en su barbillita nacarada se abría una pequeña fosa, se reía, y dentro de ella, como en un puerto al socaire, los arrumacos, las caricias y los incontables besos se apresuraban a salvarse de todo su cuerpo triste. Pero de nuevo se debilitaba. No hacía más que reírse y nunca se llenaba.

A su lado, Gorgias, un viejecito seco, limpiísimo, encorvado, resaltaba como el tronco ahuecado y envejecido de un olivo sobre el que se hubiera lanzado una madre selva florecida para suabrazarlo. Se abrían y sus pasos se desperdigaban mientras veían a tantos como esperaban. El Presidente corrió a darles la bienvenida y recibirlos con mil genuflexiones y cumplidos.

—Oh, perdónenos, señor Presidente. Llegamos tarde. Irisula quería venir con nosotros y ya sabe lo que tardan las mujeres en vestirse...

Orestis se rio fuerte, viva, felizmente y le dio un apretón de manos al Presidente.

—Por favor, por favor; es un gran honor el que nos otorga la señorita y estamos muy contentos. *Porr favorr* —el señor Presidente decía siempre *porr favorr*, con dos erres.

Irisula enrojeció y le ofreció al Presidente una sonrisa dulce y cordial como apretón de manos. En tanto los demás, alrededor de la tumba, adquirirían diferentes posiciones para no cansarse mucho. Algunos demorados, sentimentales, se alejaban de los demás y envueltos en sus capas de lana suspiraban profundamente mientras miraban los sepulcros. Un maestro bien alimentado, con barba y cejas pobladas, como si estuviesen hechas de carbonilla, dobló con cuidado su pañuelo, lo sacudió, lo extendió en el suelo sobre una piedra, ¡y se sentó con mil cuidados para no manchar su ropa de los domingos! Después, muy serio, sacó de su bolsillo un cuaderno y un lápiz, escribió la fecha, la hora, el lugar, el nombre del orador, trazó cuidadosamente una línea recta por debajo; cuando vio a Orestis venir tosió, se sentó bien, ensalivó su lápiz y se preparó para tomar notas. Otro sacó su cuchillito y comenzó a tallar su nombre en la corteza de un árbol cualquiera. El donjuán, frente al cristal de la fotografía de un sepulcro de los alrededores, se inclinó y se arregló la crencha; entretanto, el idiota que se apoyaba sobre un árbol entrecerró los ojos y bostezando dijo: «¡Aaa!».

Ahora Orestis, junto con Jrisula y Progonóplijtos, se acercó a ellos y, cuando vio a estos jóvenes alrededor de la tumba de Koráis esperando a que les hiciera entender su alma, sintió en sus nervios un escalofrío de lo más placentero. Los grandes escultores sienten también de inmediato un escalofrío comparable en sus dedos cuando encaran los blanquísimos volúmenes sin pulir de los mármoles, que se miran frente a ellos volupdeseosos bajo el sol.

Dioses, dentro de ellos, no nacidos; cuerpos esclavizados de adolescentes y pechos rectos de mujeres se agitan, se mueven, anhelantes esperan a que lleguen los dedos milagrosos para purificarlos.

Los ojos de Orestis, grandes y pensativos, resplandecieron como espadas clavadas encarando el sol. Y Orestis sintió en aquel instante sobre sus rodillas la vida como una muñeca. Se inclinó sobre ella, la miró, le dulzabló, le agarró la cabeza con las dos manos, le dio la vuelta y la besó en la boca.

—¡Mi amor, mi amor, tú!

¡Oh! ¡Sentía que sus veinticinco años encendían dentro de su sangre las llamas troyanas de la juventud! Ebrio por el agrio vino de la ciencia, criado dentro de la cálida casa paterna, al socaire, ventedificó en su mente un nimborbe propio como Don Quijote, pero no a lomos de Rocinante con un yelmo de papel. Con grandes e imponentes ideas sobre la cabeza partió a caballo sobre la Quimera quiebriones para venablastiarse con la vida. Lejos, hacía ya tres años, de sus padres, en París, investigaba día y noche en vistas a escribir su tesis doctoral para los exámenes. El *Nuevo Testamento*, como lo llamó, a partir del cual,

con bases nuevas, totalmente científicas, promulgaría una nueva religión, una nueva ética. Durante todo el día, en su despacho, en la universidad, en los museos, no se juntaba con casi nadie; tenía su propio mundo, totalmente separado del mundo de los otros. Sin embargo, hoy vino, descendió desde su despacho hasta sus jóvenes compatriotas, que ascendieron desde el café para escucharle, vino para que se pusieran a su alrededor, para abrirlas su corazón, la fiebre del pensamiento, para extenderles la mano con vistas a que todos juntos se mezclasen y partiesen hermanados en busca de un ideal más elevado y noble.

¡Con qué profundísimo placer sentiría su alma derramarse, como lípidos chuzos, en sus venas y virilizarse al ritmo de sus respectivas mocedades!

Por vez primera, descendió hoy desde los senderos aterciopelados del sueño a las horrendas hosquedades de la realidad, sin saber aún cómo moverse, tropezando a cada paso y enredándose un pie con el otro, como el niño todavía bebé que desde el perfumado pecho de la madre desciende por vez primera, pone un pie en la tierra y combate él solo, tambaleándose en su huérfano caminar.

Habían ya subido a Orestis sobre una alta piedra para que hablase. Jrisula se había apartado un poco, apoyada en un ciprés, y temblaba al completo de emoción. A su lado, Gorgias, enroscado en su hedor, un poco jorobado, dulso-baba un libro que tenía bajo el sobaco. Era todo sonrisas. Su barbilla, que temblaba un poco, sus ojillos azules y decolorados, sus labios pálidos, arrugados, todo. De cualquier modo, se parecía a un niño de setenta años que aún no sabía nada de la época presente. Diríase que se había

retrasado en el viaje de la vida unos dos mil años, como si se hubiese dormido, cansado después de la batalla de Platea, y acabase de despertar ayer mismo. Ahora, miraba a derecha e izquierda misteriosamente, diríase que echaba de menos a sus antiguos compañeros de armas. Todo lo que veía frente a él le parecía un extraño sueño: todos estos jóvenes a su alrededor; Jrisula, que temblaba a su lado, quién sabe por qué; Orestis, subido a una piedra. ¿Por qué estaba subido a una piedra?

—Orestis... mi Orestis, no te alteres... ¡Yo estaré frente a ti y te sonreiré! —le decía una y otra vez Jrisula mientras le sostenía la mano, algo inclinada frente a él, y su corazón latía tan fuerte que le llenaba todo el cuerpo, como si estuviese hueco y retumbase.

Así fue como ahora la luz suave del día pálido cayó sobre ella, candiluminó el perfil de su rostro y se suavescurió por su mejilla, los labios, la barbilla, el cuello, todo fundido con su cuerpo. Orestis no podía evitar lentender sobre ella sus ojos y dulzavizar, con la gratitud y la compasión que siempre muestra el ego masculino, a la mujer a la que amaba.

—Pero Jrisula, no te pongas así... ¿Cómo es que tiembles?

Ella se inclinó; en sus labios rosestalló y brotó una sonrisa asalmonada. Se dio la vuelta de nuevo, se colocó junto a Gorgias, que la veía caminar, aproximarse mientras intentaba recordar:

«Sí, sí, es hermana de aquellas Vírgenes de los relieves del Panateneo que se lentesplazaban por los mármoles heliomaduros, avanzaban, avanzaban con cestas rebosantes

de frutos maduros, llegaban a las escaleras del Partenón, levantaban con cuidado el pie y subían lenta y hieráticamente sus altos escalones marmóreos; sus miembros se vislumbraban rosáceos, fuertes columnatas en sus peplos recién estrenados y bellataviados». Gorgias la miraba venir extático y no hacía más que intentar recordar...

Cuando se detuvo y se apoyó de nuevo en el ciprés, ¡qué bondad religiosa y tranquilizadora se afablasperjaba en su carita morena, riselénica, qué modestia tierna y femenina se lentelevaba, se yedrurdía por todo su cuerpo! Una bondad religiosa que otorgaba siempre a su donairoso cuerpo hieráticas complexiones y deseosísimos cariciocinios, sin más, cuando caminaba, cuando extendía la mano para darte una flor (y aunque nada te diese, creías que una flor te daba), cuando ladeaba su vaporoso cuerpo para saludarte, cariciocinios y complexiones de virgen, inconscientes, ignorantes, procedentes de las líneas divinas, suavísimas, que tienen las montañas de nuestra Ática, las Columnas del Partenón y nuestras estatuas rotas.

Orestis le sonrió de nuevo, para tranquilizarla, y comenzó de inmediato a hablar. En sus manos no sostenía cuaderno alguno, pero sus ojos atrevidos y acalorados mostraban que tenían mucho que decir, muchas cosas valientes y extrañas.

Y en verdad, con sus primeras palabras, todos de inmediato se sorprendieron y se miraron. ¿Cómo habla así? ¿Cómo se atreve? ¿Quién se cree que es para no empezar su discurso como debe ser: «¡Mis respetados asistentes!»; o al menos, digamos: «Mis predilectos estudiantes»? Él, a otra cosa. Mientras le daba la espalda a Koraís, dando un

paso al frente, con gesto firme y desdeñoso, comenzó sin desviaciones ni ardidés preliminares a echar mano del tema, de todo corazón.

III

—La edad infantil y crédula del hombre ya pasó para siempre. El hombre, criado ahora con las semillas milagrosas del conocimiento del bien y del mal, hizo «de las alas un coágulo y de las uñas, palmos»¹⁶, extendió sacrílega y fuertemente sus manos sobre la religión, la tocó y vio que es un espantapájaros con las manos abiertas, que se yergue en los jardines de la vida para las ignotas y temerosas aves...

Empezaron a animarse. Unos apenas podían contener la risa. Otros comenzaron a enfadarse y aplacalumniar. Algunos también mostraban conformidad, moviendo como tarambanas sus cabecitas supuestamente emancipadas y sabiondas. Jrisula temblaba totalmente. (¡Oh! Lo sacaría de ahí, lo salvaría de todo ese grupo que lo rodea —¡oh, cómo lo rodean, vestidos de negro, como los cuervos!—. Irían los dos a sentarse muy cerca el uno del otro a su habitación, de nuevo, con tantos libros, con el fuego encendido, su pequeña habitación, tan acogedora, donde el ruido de la vida que asciende de las calles se hace añicos y cae en cuanto golpea su ventana cerrada, los cristales).

Orestis no vio nada. Sus grandes ojos soñadores solo veían aquellas cosas hermosas que no existen. Jrisula lo miraba así, volcado por completo en el pensamiento, y su corazón se encogía a causa de un profundísimo dolor. Sí,

¹⁶ Verso del poeta Kostas Kristalis (1868-1894).

en aquellos instantes la Idea es la vencedora en el alma de su amado y el amor no es nada de nada, solo una almohada de terciopelo carmesí, una almohada suave que la Otra pesadollaba.

—Hoy me dirijo a ustedes, los elegidos (algunos se quemrojecieron de satisfacción; otros se criptoncharon: ¡los elegidos!), hoy, 25 de marzo, para anunciar otra revolución, más profunda y grande que aquella que Koraís propaló hace ya cien años. Necesitamos una revolución infinita, desde la raíz, en la formación de nuestra mente y nuestro corazón. ¿Queréis participar en una lucha semejante? He esperado a que llegara un día como hoy para anunciároslo, aquí, sobre el sepulcro de Koraís. ¡Soy el Rigas Fereos¹⁷ de una gran revolución espiritual! ¿Juraréis conmigo?

¡Cómo se ensombrecen de repente y quedan paradas, cómo después corren y se marchan las ovejas al aprisco, entre los muros duplatrancados, para hallar la salvación muy cerca del pastor, cuando se las ven cara a cara con un lobo!

Así, las almas de estos *elegidos* se detuvieron por un instante, sorprendidas frente a un ímpetu tan perverso. Luego, de golpe, tomaron hinogitados, en tropel, el sendero milollado y, de pies a cabeza, se parapetaron tras la lógica inamovible de los hombres prácticos y juiciosos.

—¿Juraréis conmigo? Porque tenemos que decidirlo, por fin, ahora que somos jóvenes; dos caminos se abren

¹⁷ Rigas Fereos, Feres, Veletinlís o de Velestino (1757-1798), escritor griego, considerado uno de los precursores de la revolución griega. Junto con otros partidarios de su causa, fue torturado y ejecutado por los turcos en Belgrado. Los cuerpos de Fereos y sus correligionarios fueron arrojados al Danubio.

frente a nosotros en la vida: o eres feliz y vives tranquila y satisfechamente una vida gregaria en el rebaño cobarde, con un aprisco durante el invierno y un prado verde durante el verano, o eres infeliz, estás solo y eres hermoso. Construyes, luchas, avanzas, asciendes hasta alcanzar, ferrasentado y astronizado, la torre de tu individualidad. Elegid.

Pero las almas, que ahora estaban en el aprisco, muy cerca del pastor, y surgían de las estrechas ventanillas, vieron al lobo aullar y querer entrar y comenzaron, en la seguridad de su *hortus conclusus*, a burlarse y denostar.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? —dijo con una expresión de asco el larguirucho—. ¿Conjuras?

Sus manos y sus piernas se desatornillaron como ocurre con algunos *pierrrots* de madera cuando se tira de la cuerda.

—¡No soporto a ese mezquino! —dijo apretando el puño el gallito.

—¡Pero está loco de atar! ¡Fuera de sí! Mirad sus ojos.

—Jijijí —se criptonchaban todos en derredor.

—Sudermann, en su libro *Magda*¹⁸, dice, creo recordar: «Alguien recoge los escombros antiguos y construye nuevos palacios». Y esta exactamente es la imperdonable culpa de nuestra época. Los escombros de la religión, de la ética establecida, de las coyunturas sociales están infectados y estigmatizados, cubiertos de los microbios de la incultura y la descomposición. Las almas tienen que purificarse de aquella de inmediato y la ciencia tiene que venir a

¹⁸ Hermann Sudermann (1857-1928), novelista y dramaturgo alemán. *Magda* (1893) es el título que se dio en Inglaterra a una de sus obras de teatro: *Heimat* (*Patria*).